

Editorial

Uno de los objetivos de la investigación histórica es, en cada una de las ramas del conocimiento, rescatar hechos y personajes relevantes en ese campo. Pero también evitar que aquellos que dedicaron buena parte de su vida a esa tarea pasen al olvido.

En este número del boletín le rendimos un humilde homenaje a Oscar Castro, brillante estadígrafo de fútbol que falleció hace apenas unos días. También ofrecemos un perfil de Hebert Pérez, el defensor juninense que tuvo un corto paso por Huracán y uno extenso por Sarmiento de su ciudad y que despertó la admiración de hasta Dante Panzeri.

Y tratando de rescatar hechos, revivimos los intensos clásicos disputados entre rosarinos y uruguayos entre 1912 y 1960, historias de clubes de barrio que, en realidad, quedan en otro barrio y algunos disparates producidos a doce pasos del arco.

En quince días volvemos a vernos.

Un duelo de antaño: rosarinos vs. uruguayos

Lejos de la memoria popular, el autor de esta nota rescata una rivalidad de los comienzos del fútbol rioplatense. Un clásico entre rosarinos y uruguayos que contó con las mejores figuras del amateurismo de ambas asociaciones. Desde Gabino Sosa hasta Piendibene, desde el Chueco García hasta Obdulio Varela. Un artículo imperdible y, como decían las viejas revistas infantiles, para recortar y guardar.

Por Ricardo Gorosito (Buenos Aires, Argentina), socio del CIHF.

Cuando el 30 de marzo 1905 se fundó la Liga Rosarina de Fútbol, ya Rosario Athletic y Rosario Central disputaban de igual a igual con porteños y uruguayos las clásicas Copas de Competencia y de Honor. Luego se agregaron Newell's, Provincial, Central Córdoba, Argentino de Rosario (por entonces llamado Nacional) y Tiro Federal, quienes comenzaron a reafirmar la calidad de un estilo de juego que llenaba la vista por su belleza y virtuosismo.

A poco de creada, la entidad formó su propia selección, con camiseta roja y blanca, y comenzó a competir con su similar porteña. También llegaron los primeros aportes de sus jugadores a la Selección argentina, tales los casos de Zenón Díaz (el primero), Manuel P. González y José Viale.

Un dirigente porteño, Mariano Reyna, propuso entonces la realización de un encuentro anual entre la selección rosarina y su similar de la Asociación Uruguaya por un trofeo que se llamó "Copa Asociación Argentina". Anteriormente, previo a la disputa del torneo por la Copa América del Sud de 1910, ya se habían enfrentado amistosamente en Rosario, con el saldo de un empate en dos goles.

Así se inició, el 3 de noviembre de 1912 este verdadero clásico. Los primeros encuentros resultaron favorables a los celestes. Los orientales habían formado aquel famoso equipo llamado "los maestros del 12", en el que descollaban las figuras de Saporiti, Foglino, Pacheco, Carlos Scarone y Piendibene, entre otros.

Pero los rosarinos no se amilanaron por esos primeros resultados adversos y ya en la edición de 1914 (jugada en 1915), se alzaron con una victoria por 3 a 2 con los goles de Carlos Guidi, aquel notable delantero de Tiro Federal. El éxito se repitió en 1919 cuando golearon por 4 a 1, con tantos de Humberto y Julio Libonatti, Ernesto Celli y el gran Gabino Sosa.

En el partido de 1918, que ganó Uruguay en Montevideo, el arquero de los celestes fue Roberto Chery, aquel que en el Sudamericano del año siguiente en Brasil falleció como consecuencia de una hernia inguinal que le produjo un choque con un adversario chileno.

El trofeo sufrió un paréntesis a partir de 1919 por el cisma que afectaba al fútbol argentino, y se reanudó en 1923 con el primer triunfo albirrojo en Montevideo por 3 a 1. Todos los goles los señaló Vicente Aguirre, de los "charrúas" del barrio La Tablada.

La década del 20 estuvo signada por conflictos en ambas orillas. Los uruguayos se enfrentaron entre sí a partir de 1922 en una puja que duró hasta 1926, cuando el presidente de la Nación, José Serrato, intervino para lograr la unificación, que en definitiva consiguió.

Es de destacar que mientras el fútbol argentino estuvo dividido, entre 1919 y 1926, la Asociación Rosarina cedió jugadores a las dos ligas porteñas para integrar la Selección, excepto en 1925 por un conflicto.

No obstante la solución a que se llegó en 1927 en las dos márgenes del Plata, sólo se llevó a cabo el partido de 1929, ganado por Uruguay en Rosario.

Ya instalado el profesionalismo, el tradicional encuentro se reanudó en 1934 y se prolongó, con algunas intermitencias hasta 1947, fecha del último enfrentamiento. Posteriormente, entre 1958 y 1960 disputaron algunos amistosos pero sin que estuviera en juego el trofeo.

En total fueron 24 partidos por la Copa Asociación Argentina, de los que Uruguay ganó 14, Rosario 7 y empataron los 3 restantes. Rosario señaló 33 goles y Uruguay 54.

No podemos dejar de recordar algunos nombres que han protagonizado este duelo. Por Rosario mencionaremos al "Chueco" García, los hermanos Libonatti, Sebastián Guzmán, Julio Gómez, César de Miguel, Blas Saruppo, los Celli, Gabino, los Hayes, Viale, Waldino Aguirre y un cordobés de nacimiento, pero futbolísticamente rosarino, que luego brilló en la Selección celeste: Juan Eduardo Hohberg.

Y qué decir de Uruguay, donde junto a los mencionados más arriba, agregaremos a Roberto Porta, Atilio García, Obdulio y Severino Varela, Isabelino Gradín, Ángel Romano, Pablo Dacal, Vicente Módena, Bibiano Zapirain y el "manco" Héctor Castro entre otros.

El detalle de los partidos es el siguiente:

03-11-12	Rosario	ROSARINOS	0	
		URUGUAYOS	4	P.Dacal-R.Vallarino-P.Seoane(2)
14-09-13	Montevideo	URUGUAYOS	5	Reta-Araya e/c-Fogliano-R.Vallarino(2)
		ROSARINOS	0	
24-10-15	Rosario	ROSARINOS	3	C.Guidi(3)
		URUGUAYOS	2	C.Scarone-Piendibene
05-12-15	Montevideo	URUGUAYOS	3	C.Scarone-A.Romano-J.Pérez
		ROSARINOS	1	Paz
19-11-16	Montevideo	URUGUAYOS	4	A.Romano(p)-Repucci e/c-J.Delgado-J.Piendibene
		ROSARINOS	1	E.Blanco(p)
09-07-17	Rosario	ROSARINOS	0	
		URUGUAYOS	1	C.Scarone

16-12-18	Montevideo	URUGUAYOS	3	I.Gradín-A.Romano(2)
		ROSARINOS	1	C.Guidi
28-09-19	Rosario	ROSARINOS	4	J.Libonatti-E.Celli-H.Libonatti-G.Sosa
		URUGUAYOS	1	A.Fraga
01-07-23	Montevideo	URUGUAYOS	1	F.Buffoni
		ROSARINOS	3	V.Aguirre(3)
25-08-29	Rosario	ROSARINOS	1	Del Felice
		URUGUAYOS	2	H.Scarone-H.Castro
11-12-34	Rosario	ROSARINOS	5	S.Guzmán(2)-J.Gómez-E.Pereyra-E.García
		URUGUAYOS	2	A.Ciocca-H.Castro
22-12-34	Montevideo	URUGUAYOS	2	E.Fernández(p)-H.Castro
		ROSARINOS	2	E.Pereyra-J.Gómez
28-12-35	Montevideo	URUGUAYOS	2	Matoza(2)
		ROSARINOS	4	E.Gómez(3)-Kajel
27-09-36	Rosario	ROSARINOS	1	E.Gómez
		URUGUAYOS	1	S.Villadónica
05-09-37	Montevideo	URUGUAYOS	1	S.Varela
		ROSARINOS	0	
26-09-37	Rosario	ROSARINOS	0	
		URUGUAYOS	0	

23-10-38	Montevideo	URUGUAYOS	3	R.Fajer-R.Porta(2)
		ROSARINOS	0	
03-12-37	Rosario	ROSARINOS	1	M.Aragüez
		URUGUAYOS	3	R.Porta-P.Lago-S.Varela
19-06-41	Montevideo	URUGUAYOS	3	J.M.Ortiz-O.Chirimini-A.Ciocca
		ROSARINOS	0	
13-07-41	Rosario	ROSARINOS	2	Casagrande-J.C.Heredia
		URUGUAYOS	0	
30-12-44	Montevideo	URUGUAYOS	5	J.M.Ortiz-A.García(3)-J.Riephoff
		ROSARINOS	0	
06-01-45	Rosario	ROSARINOS	2	Fiore-Casagrande
		URUGUAYOS	1	N.Falero
11-02-47	Montevideo	URUGUAYOS	2	J.Burgueño(p)-Chavares
		ROSARINOS	1	J.E.Hohberg
15-03-47	Rosario	ROSARINOS	1	A.Perucca
		URUGUAYOS	3	J.M.Medina(3)

Además se disputaron los siguientes encuentros amistosos donde no estuvo en juego la Copa donada por Mariano Reyna:

05-06-10	Rosario	Empate 2-2
01-11-24	Rosario	Empate 3-3
22-09-29	Rosario	Uruguayos 3-2
30-08-30	Bs. Aires	Rosarinos 2-1
14-10-36	Bs. Aires	Rosarinos 1-0
20-06-58	Rosario	Rosarinos 2-0

18-07-58 Montevideo Uruguayos 1-0
09-07-59 Rosario Empate 0-0
25-08-59 Montevideo Empate 0-0
20-06-60 Rosario Rosarinos 2-1

Rosarinos y uruguayos: una costumbre que se perdió en el tiempo, pero que dejó recuerdos imperecederos. Bravos entreveros de una época de oro, irrepetible en este fútbol de hoy, en el que las viejas competencias parecen haber quedado en el olvido. Por eso se nos hizo un deber rescatarlas.

Doce pasos no siempre caminados: partidos suspendidos con penales pendientes

La pena máxima en el fútbol tiene una larga historia y presenta varias facetas, inspiradoras incluso de obras literarias y cinematográficas. Dada su importancia, *Boletín CIHF* publicará una serie de notas sobre el tiro libre penal, desarrollándose en la presente una revisión de algunos notables casos similares al ocurrido recientemente en un cotejo de la Primera B: la suspensión del partido cuando se aprestaba a ejecutarse el penal.

Por Edgardo Imas (Buenos Aires, Argentina), socio del CIHF.

Desde que en 1891 la International Board introdujo el tiro libre penal, además de fijar la demarcación del área mediante una línea paralela a la del gol, a 11 metros de distancia, mucho se ha visto, escuchado y discutido en relación con esa instancia del juego. La incorporación la pena máxima fue concebida con la intención de disminuir sensiblemente la violencia en el juego: se pensaba, con razón, que ese tipo de sanción inhibiría los impulsos de los defensores de barrer a todo rival que merodeara en su propia área, especialmente cerca del arco.

Más tarde, en 1902, se delimitaron las áreas tal como actualmente las conocemos –salvo la medialuna, fijada a partir de 1936– y se resolvió que la ejecución se haría desde un punto fijo y con el guardavallas parado en la línea. Así se terminó de conformar el marco para la ceremonia del penal, de la cual son protagonistas fundamentales el juez, el shoteador y el arquero. La violencia *in crescendo* que depararon la masificación del fútbol, primero, y luego el advenimiento del profesionalismo también incorporó, como se verá, a otro actor principalísimo: el espectador.

La sanción máxima ha sido objeto de estudio por parte de historiadores y estadígrafos, ya que ofrece varios perfiles para su tratamiento y reseña, además de un rico anecdotario. En las últimas décadas, incluso cobró mayor importancia en virtud de la adopción generalizada del penal para definir partidos empatados en instancias eliminatorias de todo tipo de torneos.

También ese particular momento ha inspirado a escritores y directores de cine. En 1971, el director alemán Wim Wenders (*Las alas del deseo; París, Texas*) llevó al cine la novela del austríaco Peter Handke, *El temor del arquero ante el tiro penal*, en la cual un ex jugador vienés, sus angustias y un crimen son el vehículo para referirse a la existencia humana y la sociedad contemporánea deshumanizadora.

Por su parte, el ya fallecido escritor y periodista Osvaldo Soriano lo reflejó en el cuento *El penal más largo del mundo* (publicado en *Memorias de Mister Peregrino Fernández y otros relatos*, Editorial Norma), en el cual recuerda un partido disputado en 1958 entre dos equipos liguistas de la zona del valle de Río Negro y suspendido cuando se debía patear un penal (“el más fantástico del que yo tenga noticia”) por una gresca generalizada. El entrañable *Gordo*, un futbolero apasionado y enamorado de esas historias de pago chico, conocía bien el paño, pues había vivido algún tiempo en Cipolletti. Soriano manifestó cierta vez su asombro porque, a pesar de que el partido fue una ficción, en ocasión de un viaje que realizó a esa zona muchas años después, una señora insistía en que su marido había participado del encuentro imaginado por él.

El 5 de abril pasado la ficción y la realidad mostraron sus a veces borrosos e imbricados límites: en Ensenada, Defensores de Cambaceres y Atlanta empataban 0 a 0, cuando a seis minutos del final, el árbitro Alejandro Toia cobró un penal favorable a los de Villa Crespo, que no pudo ser ejecutado porque un puñado de simpatizantes locales se subió al alambrado, motivando la suspensión del partido.

Un repaso por situaciones similares a lo largo de la historia permite comprobar que no sólo todas se resolvieron de manera diferente sino también que se hace difícil encontrar un hilo conductor en el juzgamiento de este tipo de hechos que deparan el fútbol y su contorno.

Un antecedente reciente

El último caso de suspensión de un partido cuando se estaba por ejecutar un penal se dio el domingo 21 de abril de 2002, por el Torneo Clausura 2002, de Primera División, en Avellaneda. Jugaban por la 15ª fecha Racing y Boca, con intenciones ambos de dar alcance al puntero River, que por entonces les llevaba seis puntos. Ganaba Racing 2 a 1, cuando el árbitro Héctor Baldassi, que ya había expulsado a Rolando Oscar Schiavi y a Cristian Alberto Traverso, del conjunto de la Ribera, sancionó a un minuto del final del partido un penal que le cometieron a Leonardo Torres. Cuando Gerardo Bedoya se aprestaba a ejecutar el penal frente al arquero *xeneize*, Roberto Carlos Abbondanzieri, desde la tribuna visitante se desató una lluvia de piedras y trozos de mampostería, que obligaron a la suspensión.

El Tribunal de Disciplina se "tomó su tiempo" para resolver el asunto y el fallo, precisamente, salió luego de que ya River se consagrara campeón. Así, el 16 de mayo resolvió dar por finalizado el encuentro con el resultado 2 a 0 para Racing y multar a la institución boquense cuyos simpatizantes promovieron los desórdenes.

Un caso similar en el Ascenso

El último partido con circunstancias parecidas al citado de Cambaceres-Atlanta tuvo lugar por el Campeonato de Primera B de 1982, en pleno desarrollo de la guerra de Malvinas.

El sábado 22 de mayo de ese año jugaban en cancha de Huracán, por la 15ª fecha, el último, Deportivo Morón, y el primero, San Lorenzo de Almagro, de la Zona "B". Iban 1 a 1, con goles de Rubén Alejandro Rojas, para los del Oeste, y Jorge Roberto Rinaldi, para los de Boedo.

Los simpatizantes de quien finalmente fue el campeón de la temporada aparentemente no tenían motivos para quejarse del juez del partido, Aníbal Hay, ya que éste había expulsado a dos jugadores del que hacía las veces de local, Morón: Roberto Víctor Marucci y José Vicente Stagliano.

Sin embargo, a los 43' del segundo tiempo, el defensor sanlorencista Hugo Daniel Verdecchia le cometió foul a Rojas en el área y Hay cobró penal. Desde la popular azulgrana volaron piedras, cajones, monedas y se intentó derribar el alambrado. Tras 17 minutos de espera, el árbitro suspendió el partido, sin que Eduardo René Astudillo hubiera podido ejecutar el penal frente al arquero visitante, Oscar Rogelio Quiroga.

Dos semanas después, el 3 de junio, el tribunal afista emitió su fallo: se dio por finalizado el partido con el triunfo de Morón 1 a 0, además de las multas de rigor a San Lorenzo y la pérdida de la localía, algo insólito pues desde 1979 que no tenía estadio propio. El penal nunca fue tirado.

El zapato que tronchó el penal

Otro antecedente, también en Primera B, es el partido que disputaron en Sarandi, el 16-10-1976, Arsenal-Los Andes, con el arbitraje de Alberto Bísero. El equipo de Lomas de Zamora, que seguía de cerca al puntero Villa Dálmine, se puso rápidamente en ventaja por 2 a 0. Luego, Arsenal lo dio vuelta, y estaban 3 a 2 cuando el juez sancionó un penal de Néstor Bernárdez contra Juan Carlos Molina, de Los Andes. Protestas generalizadas de los jugadores locales y el juez expulsó al arquero Luque. Cuando parecía que iba a poder ejecutarse el penal, volaron proyectiles y, desde la platea local, fue arrojado un zapato que impactó en el abdomen del por aquel entonces juez de línea, Aníbal Hay. (Curiosamente en tres oportunidades Hay fue protagonista de estas historias de penales y partidos truncos, ya que también dirigió el 24-6-1996, por la 14ª fecha del Clausura 1995/96, Newell's 2-Rosario Central 0, suspendido a los 19'

del segundo tiempo por incidentes, cuando cobró un penal a favor de los del Parque Independencia, que ese día hacían de locales en Arroyito.)

Consumada la agresión, se fueron todos a los vestuarios, y tras largos cabildeos y la imposibilidad manifestada por Hay de continuar por un dolor en la mano y náuseas, Bísero suspendió el partido. Mientras, los directivos de Arsenal, acompañados por un escribano, solicitaban en la comisaría local que un perito determinara la gravedad de la lesión.

Posteriormente, el Tribunal de Disciplina dispuso continuar el partido a puertas cerradas en el estadio de El Porvenir, además de tres fechas de clausura al estadio de Arsenal y diez de suspensión para el guardavallas Luque.

El miércoles 3-11-1976 se reanudó en Gerli el encuentro con la ejecución del penal que Enrique Lanza le convirtió al arquero suplente Noguera. Luego, Horacio Luis Agostinelli puso el 4 a 3 favorable a Los Andes.

En Santiago del Estero esperaron 26 días

El imaginario popular identifica la provincia de Santiago del Estero como un lugar tranquilo, donde las cosas se toman con calma y parsimonia y la siesta es casi un deber cotidiano. No obstante, en 1993, quienes así piensan fueron contundentemente refutados por el "Santiagoñazo", levantamiento popular que se llevó puestos a muchos políticos y funcionarios de esa provincia. Y también por varios escándalos acaecidos en los partidos del fútbol local en los últimos años.

El sábado 3 de mayo de 1997, por la segunda fecha del Torneo Apertura "Marcelo Camacho", organizado por la Liga Santiagueña de Fútbol, jugaron Güemes y Estudiantes. Un partido tradicional de esa capital provincial, con cerca de 200 enfrentamientos en la historia, aunque el clásico provincial más importante es Central Córdoba-Mitre.

Curiosamente, esa tarde se hizo presente en el estadio un conocido delantero que estaba de paso por la ciudad, Martín Palermo, quien dos años más tarde sería protagonista de un verdadero hito en esta saga de historias de penales, al malograr tres penales en un partido de la Copa América 1999: Colombia 3-Argentina 0, disputado en la ciudad paraguaya de Luque.

Como todo partido liguista con tradición, Güemes y Estudiantes disputaron un encuentro vibrante, con vuelcos en el marcador, y caliente; tanto es así que el juez, Víctor Zerda, había expulsado a dos jugadores por equipo. Cuando ya se cumplían los dos minutos del descuento marcado por el referee, con el resultado favorable a Estudiantes por 3 a 2, el arquero local, Martín Campos lo derribó José María Jerez. Sin hesitar Zerda cobró el penal y se vio obligado a expulsar al guardavallas por la acción del último recurso. Se tiraba desde los doce pasos, pues, y terminaba. De la tribuna donde estaban los parciales del equipo "gaucho" volaron proyectiles, y el árbitro consideró que no había suficiente seguridad y suspendió el partido.

Veintiséis días después, el jueves 29 de mayo, en cancha de Unión Santiago, se cumplió la resolución del Tribunal de Disciplina de la Liga Santiagueña: dado que el reglamento del torneo preveía que, ante igualdad de tres o más equipos en el primer puesto del certamen, se definía la posición por diferencia de gol, se había decidido que se continuara a puertas cerradas, es decir, que se ejecutara el penal y finalizara el partido.

Algunas cosas habían cambiado en tanto tiempo: Hugo Teves –ex jugador de Instituto (Córdoba) y de Atlanta– ya no era el DT estudiantil; otras seguían igual, por ejemplo, los incidentes: el domingo anterior había sido suspendido por graves desórdenes el clásico Central Córdoba-Mitre..

Al campo de juego de Unión Santiago ingresaron pues 9 jugadores de Estudiantes y 8 de Güemes, que se cambiaron para sólo asistir a la ejecución de un penal. Entre ellos, el delantero "gaucho", Víctor Martínez, que firmó la planilla y fue sustituido por el arquero suplente Ricardo Barraza, pues el titular había visto la tarjeta roja.

Finalmente, ante jugadores, la terna arbitral, periodistas y algunos curiosos, José María Jerez pateó el demorado penal y la pelota se fue desviada, a un metro del poste derecho. Malograda la posibilidad de un cuarto gol, el partido quedó entonces con un 3 a 2 para Estudiantes.

Penales cordobeses tras cinco meses y medio

Probablemente los penales que más demoraron en ejecutarse fueron aquellos que definieron al campeón del torneo de Córdoba en 1980 y la clasificación de la primera plaza provincial para el

Nacional 1981. Se esperó durante cinco meses y doce días para la ejecución de cuatro tiros libres desde los doce pasos .

En efecto, el 31-8-1980, jugaron Instituto y Racing, en cancha de Talleres. Terminaron 1-1 (goles de Ángel Feliú, para Racing, y el zaguero Miguel Armando Olmedo, para la "Gloria") y hubo un alargue de 30 minutos, sin que se registraran variaciones en el marcador. Fueron entonces a la primera serie de cinco penales y convirtieron todos ambos equipos.

Correspondía, según el reglamento de la Liga cordobesa, una nueva serie de tres penales, que se deberían ejecutar hasta el final. Pero, insólitamente, el juez Raúl Salibi, luego de que tiraran uno cada uno (Luis Eduardo Oropel, de Instituto, desvió el suyo), en un grueso error dio por terminado el encuentro con el triunfo de Racing, ante el festejo de jugadores y público académico. En el vestuario, momentos después, el árbitro cordobés reconoció su error, pero ya era demasiado tarde para lágrimas.

Posteriormente, la participación de Racing en el Torneo Nacional 1980, del cual se clasificó subcampeón, obligó a que la ejecución de los cuatro penales restantes de la serie se completara recién el jueves 12 de febrero de 1981 en la misma cancha de barrio Jardín, icon el mismo juez! y a puertas cerradas.

Asimismo se había decidido que quienes patearan debían ser jugadores fichados a la fecha de disputa del partido original en los registros de la Liga Cordobesa, ya que ambos equipos habían luego incorporado nuevos jugadores para afrontar el Torneo Nacional.

Racing convirtió sus respectivos dos penales ante el arquero albirrojo, Carlos Alberto Munutti; en cambio, Instituto desvió uno y el otro se lo atajó Raúl Malavolta a Miguel Enrique Rodríguez. Así el club de Nueva Italia ganó esta segunda serie de penales 3 a 0, se consagró campeón cordobés 1980 y se clasificó para el Nacional 1981, ante un puñado de curiosos que se habían podido colar y ante numerosos simpatizantes racinguistas apostados en los techos de casas colindantes al estadio.

No habrá ninguno igual

Junín es una ciudad que le ha dado muchísimos jugadores de gran calidad al fútbol argentino. Desde Horacio Barrionuevo hasta Agustín Cosso, que supieron brillar en el fútbol de Primera División. Hebert Pérez tuvo apenas un paso por Huracán y toda una vida dedicada a Sarmiento. Un verdadero ídolo juninense.

Por Ismael Canaparo (Junín, Buenos Aires, Argentina), socio del CIHF.

El recuerdo de cada uno, en particular, es seguramente la única colección "bibliográfica interna" del deporte juninense más o menos capaz de recoger su historia moderna. El recorrido imaginario de las páginas célebres de todos los acontecimientos que hemos vivido hace que se encuentren allí, metidos en el corazón de quienes saben atesorar y regar, de vez en cuando, esos trazos inolvidables de la nostalgia y la revaloración de hechos, circunstancias y protagonistas. No hay mayor consecuencia hacia algo o a alguien, que hacerle un guiño picaresco al olvido, gambeteando las incomprensibles lagunas que existen aquí en cuanto al "deporte de antes".

En ese tren del "reintegro" al pasado reciente, hemos vuelto a aquellos días de nuestra incipiente juventud, cuando tropezamos con los recuerdos que nos deparó la figura de Hebert Pérez, aquel superdotado zaguero que deleitó con su magia a miles de aficionados, excediendo hasta lo increíble los límites de su entrañable Sarmiento, para transformarse en un emblema nacional del buen fútbol. El "Mariscal del Área" (nombre del que después se apropió, indebidamente, el periodismo porteño, para bautizar a Roberto Perfumo) fue una de las figuras más sobresalientes que recuerde el fútbol juninense de todas las épocas. No es mucho lo que se ha dicho sobre este hombre que durante años decidió a su antojo que a la pelota hay que tratarla con amor, con cariño, con enternecimiento, aun cuando sus colegas le peguen para arriba, sin vergüenza alguna y, lo que es peor, sin ponerse colorados. En la difícil tarea de realizar un perfil de este personaje emblemático y talentoso de la década del 50 y parte de la del 60, aparecen muchísimas coincidencias. Porque lo que permanentemente acentuó, no apartándose jamás del libreto, fue su fina delicadeza para salir jugando con pelota dominada, su

categoría para plantarse en el medio del área y ser el patrón indiscutido, cruzándose de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, yendo arriba con su "pelada" tan hermosa. Tenía, también, facilidad para darse cuenta, reconocer sus debilidades y hasta sus "perversiones" cuando no tenía más remedio. Por ejemplo, odiaba tener que transgredir sus límites, por una razón simple: sabía que a sus espaldas quedaba el abismo (o el arquero solo, que es lo mismo). Así, muchos de sus adversarios, sin dejar de elogiarlo, admitieron también su alto grado de caballerosidad.

El "Pelado" fue el mejor en una época donde el fútbol-arte imponía su presencia por sobre el fútbol-resultado. Hebert Pérez hizo escuela, por talento, por habilidad y solidaridad dentro de un campo de juego. El "Pelado" fue como el mar, que siempre se renueva, que en cada ola destruye una armonía y crea otra, más bella. Ese muchacho, fruto del baldío juninense, de las inferiores de BAP [*Club Atlético Buenos Aires al Pacífico*], supo como pocos improvisar con cada pelota que llegaba a sus pies. Hizo poner en ridículo a la mayoría de los centrodelfanteros que lo enfrentaron. La salida elegante era flor y fruto de la improvisación del "Mariscal". En los tiempos actuales, pretender encasillar a un jugador como él, en forma de juego sistematizado, sería poco menos que un asesinato al fútbol de alta clase y personalidad.

Quizá sea necesario dividir los acontecimientos de Sarmiento en toda su historia como se hace en el juego del tarot: pasado, presente y futuro. Durante los cincuenta años de profesionalismo que lleva la entidad verde en el fútbol de la AFA, jamás apareció otro en su puesto capaz de hacernos olvidar de toda su magia, de todo su destello. Hebert Pérez creó una verdadera escuela sin alumnos, porque nadie entendió su mensaje. Creó una escuela con el sello inconfundible de su estilo y supo, como ningún otro defensor, construir a su alrededor una aureola de leyenda. Y su notable eficiencia, queda también subrayada por los números. Vistió la casaquilla de los Behety durante 13 años, desde 1953 hasta 1966, con excepción de la temporada 1959, cuando pasó a brillar en Huracán. En ese lapso, jugó nada menos y nada más que... ¡317 partidos!, y convirtió 15 tantos. Sin su figura, el corazón de Sarmiento comenzó a latir de otra manera. Porque el maestro del área y de la elegancia nunca pudo ser reemplazado.

Precisamente, de su paso por el *Globo* de Parque Patricios, existe una opinión que volcó Dante Panzeri en *El Gráfico*, a propósito de Hebert Pérez: "Confieso que entré a la cancha de Huracán con menos entusiasmo que la nada, porque los espectáculos futbolísticos son tan pobres de la mayor pobreza, que uno puede escribir los comentarios en la cocina de su casa, sin miedo de errarle en lo más mínimo. Sin embargo, a los cinco minutos de estar sentado en la platea, noté mi gravísimo error: el local tenía a un 'pelado' en el fondo que era todo un deleite para la vista, por sus sutilezas y sus 'guantes' en las dos piernas. Hebert Pérez fue el culpable de haber evitado mi aburrimiento de los aficionados", subrayó Panzeri, que precisamente no era nada benévolo en eso de repartir elogios.

Pese al tiempo, la figura de Hebert Pérez siempre estará latente entre quienes se regocijan con los sueños de un pasado maravilloso. El "Pelado" no dejó de jugar, no se fue del fútbol. Su magia aparece cuando vemos, de tanto en tanto, a un jugador distinto, cuando la pelota es acariciada con mucho amor, ese instrumento con el que logró formar un solo cuerpo. No habrá ninguno igual, no habrá ninguno...

Con el barrio cambiado

Muchas veces se toman como verdades absolutas imprecisiones que se van transmitiendo con el paso del tiempo. Eso ocurre con muchos clubes del fútbol argentino, que se atribuyen una ubicación barrial distinta de la real. Aquí, un panorama de algunos de los cien barrios porteños, que tampoco son tantos.

Por Raúl Ramírez (Buenos Aires, Argentina), socio del CIHF.

Los *gauchos* de Pompeya. Los *bichos colorados* de Villa General Mitre. Los *albos* de Monte Castro. ¿Qué es esto? ¿Murgas carnavaleras? ¿Equipos de baby fútbol? Nada de eso. Son los tradicionales apodos de siempre, pero aplicados al barrio en el que realmente están San Lorenzo de Almagro, Argentinos Juniors y All Boys.

Así como en el mercado inmobiliario hay una tendencia a hacer de goma los límites de ciertos barrios marketineros, estirándolos en detrimento de otros que venden menos, por causas

distintas, que podemos vincular con el apego a la imprecisa tradición oral, la pereza de algunos periodistas y la simple desinformación, hay una notable cantidad de clubes porteños a los que habitualmente se les atribuye una ubicación barrial distinta de la real.

Y conste que no hablamos de todas aquellas instituciones que llevan al barrio de origen en su nombre, y que luego debieron buscar su destino más cerca o más lejos del pago chico que los vio nacer (Vélez Sarsfield en Liniers, Chacarita Juniors en San Martín, San Telmo en la Isla Maciel, Almagro en José Ingenieros, Colegiales en Munro, Atlético Lugano en Tapiales, Liniers en Villa Industriales).

No, aquí hablamos de los casos en los que el club se identifica con un barrio, porque en él supuestamente tiene su cancha, pero a poco de hurgar en la toponimia porteña descubrimos que la referencia geográfica es equívoca.

El caso de San Lorenzo es notable: lleva a Almagro en el nombre y a Boedo en el corazón, pero todo el mundo cree que su casa, el Nuevo Gasómetro, está en el Bajo Flores, cuando en realidad se ubica en Nueva Pompeya. En el confín de Nueva Pompeya para ser más precisos, ya que cruzando la avenida Varela empieza el barrio vecino (que tampoco es Flores), motivo por el cual la modesta canchita de Deportivo Riestra, que se cobija a la sombra de la mole de cemento azulgrana, queda en Villa Soldati.

Y a propósito de Flores (y de su versión proletaria, el Bajo Flores), digamos que es uno de los "barrios de goma" de los que hablábamos, por lo que también se le atribuyen comarcas que en realidad están más allá de sus límites, y pertenecen al barrio Parque Avellaneda, incluyendo la esquina de avenida Asturias y Santiago de Compostela, donde se erige el estadio de Deportivo Español. Parque Avellaneda es una barriada cuya tradición futbolera no es recordada como merecería, pese a que se remonta a la primera década del siglo pasado, cuando fue escenario (entonces el espacio verde que le da nombre se denominaba Parque Olivera) de importantes y concurridos duelos futbolísticos.

Curioso es lo que ocurre con Huracán, al que parece haber preservado algún hincha del Globo a la hora de trazar los límites barriales: es que la avenida Amancio Alcorta corre separando Barracas de Parque de los Patricios, y el Palacio Tomás A. Ducó está en la mano par, por lo que debería quedar en Barracas; pero llamativamente a la altura del estadio el límite se desplaza a Miravé, la calle que pasa por detrás de la cancha, y luego retoma Amancio Alcorta, formando una especie de península que deja a Huracán en donde debe estar: Parque de los Patricios.

Más conocido es el caso de uno de los más grandes de nuestro fútbol, River Plate, a quien algunos insisten en llamar "el equipo de Núñez", siendo que el Monumental queda en Belgrano. La fusión es aquí de vieja data: no olvidemos que cuando River llegó a su actual emplazamiento, en la década del 30, el lugar era un páramo, imprecisamente identificado con Núñez: los lectores que no se cuezan ya en un solo hervor recordarán que al actual Parque Norte, ubicado aún mas lejos de ese barrio, se lo conocía antes como "las piletas de Núñez", barriada que en realidad empieza recién al cruzar la avenida Udaondo, a partir del Tiro Federal.

El caso opuesto es el de Defensores de Belgrano, que vive desde hace más de 90 años en el Bajo, pero no en el de Belgrano, sino en el de Núñez, concretando una táctica guerrera digna del barón Von Bismarck ya que defiende a Belgrano, pero desde afuera.

Y hablando de Núñez, ¿cuántas veces se dijo que el inolvidable y añorado reducto de Platense, de Manuela Pedraza y Crámer, quedaba en Saavedra, barrio cuyas paredes dan reiterada fe de su fidelidad *calamar*, cuando en realidad el estadio se situaba en Núñez?

Pero hay más: Argentinos Juniors, indisolublemente ligado a La Paternal, en realidad lleva 60 años radicado en el muchos menos conocido barrio de Villa General Mitre, que empieza al sur de Álvarez Jonte. La Paternal albergó al viejo estadio de la avenida San Martín, donde los bichitos dieron sus primeros pasos profesionales, pero la obligada mudanza posterior lo sacó del barrio geográficamente, aunque no por lo visto en la consideración popular.

¿Y All Boys? Su barrio es Monte Castro, que se extiende hacia el oeste de la calle Joaquín V. González y al norte de Juan Agustín García, deja el escenario albo de Álvarez Jonte y Mercedes fuera de Floresta, que sin embargo sigue identificándose emblemáticamente con el club.

Si esta nota hace flaquear su identidad barrial, quédese tranquilo: el barrio, como los colores del club querido, se lleva en el alma, y está más allá de las ordenanzas municipales que fijan límites

e imponen nombres. Pero, de todos modos, no está de más saber que en el remanido Bajo Flores no hay ninguna cancha de la AFA y que más de un barrio olvidado también es escenario del fútbol nuestro de cada día.

Cuando un amigo se va

Toda muerte despierta la evocación, el homenaje, el recuerdo. Hace pocos días se nos fue Oscar Castro, brillante estadígrafo y fundador del CIHF hace catorce años, un verdadero pionero en el seguimiento del fútbol internacional. Quedan sus apuntes, su metodología, sus charlas de café y, por sobre todo, su bonhomía.

Por Oscar Barnade (Buenos Aires, Argentina), socio del CIHF.

No hace mucho, Oscar Castro iba a escribir un artículo sobre cómo empezó a llevar información y estadísticas del fútbol internacional, hace casi 40 años. Era una nota interesante para compartir con los lectores del *Boletín CIHF*. Oscar Castro, el *Gordo* Castro, no llegó a escribirla. La vida no le dio tiempo. Falleció el sábado 12 de abril en el hospital Durand, a raíz de una insuficiencia renal que lo fue consumiendo durante cuatro años. Muchas charlas compartidas permiten contar lo que él no pudo.

“Un día compré una revista que en la tapa tenía los colores de San Lorenzo. Pero era de Universidad Católica. Desde entonces, mi pasión fue el fútbol internacional”. Así narra Oscar Castro cómo empezó a vincularse con el periodismo y a ser un experto en la materia en una época en que no había televisión por cable ni Internet. Estar al día con la información y las estadísticas del fútbol español, italiano, chileno, mexicano, etc., era todo un arte. Llevar el registro de los partidos internacionales de cualquier selección del mundo, aún más. Los historiales de Holanda-Bélgica, Irán-Irak, Corea del Sur-Japón o Jamaica-Cuba no tenían secretos para él

Por el oficio de Oscar Castro, Radio Rivadavia daba los resultados del fútbol español e italiano antes que las otras emisoras, que esperaban los cables de las agencias de noticias. Él los conseguía escuchando las transmisiones europeas por onda corta.

“Uno tenía que ser muy ordenado, muy metódico, para llevar el material. Mi costumbre es, por ejemplo, de un partido internacional pegar en la misma hoja el o los anuncios que conseguía, así como también las síntesis. De algunos partidos tengo hasta cuatro síntesis de diferentes medios, incluso de diferentes países”, contaba siempre en presente, entre cafés y masitas que preparaba su hermana Celia.

Es cierto, Oscar era muy prolijo. Tenía buena letra, usaba siempre hojas oficio, a veces lisas, a veces cuadriculadas. Llevaba las trayectorias de los jugadores de los países de Sudamérica increíblemente detalladas: en un cartón de los gruesos, pegaba la foto si la conseguía y anotaba en lápiz la fecha de nacimiento, el lugar y los equipos en los que iba jugando. Así, podía tener las trayectorias de Ramiro Castillo o Francisco Maturana más completas que cualquier periodista boliviano o colombiano.

Además, como buen amante del fútbol y las estadísticas, también llevaba el fútbol local de Primera División y en una época, por cuestiones laborales, el del ascenso. “Todo con mucha paciencia. No aflojé nunca. Iba por lo menos cinco días a la parada de diarios internacionales en Maipú y Corrientes. Compraba varios diarios y, por la confianza, me daban el resto para poder fotocopiarlos”, habría contado Castro. Tal vez no hubiera dicho que en las mejores épocas, en esas de vacas gordas, era capaz de comprar tres o cuatro *Extra Liga Don Balón* o anuarios italianos, por si alguien se los pedía prestado sin devolución posterior. Porque él era así, generoso hasta la médula. Hacía de este trabajo una pasión, la misma que tenía por Vélez desde la cuna. Después de que Vélez ganó la Copa Libertadores y la Intercontinental, contaba que era algo que siempre soñó pero que nunca imaginó que viviría para verlo, para disfrutarlo. Y era feliz cuando lo decía.

Oscar Castro no sólo fue un gran periodista e investigador. El presidente del CIHF, Carlos Yametti, recordó que Oscar había participado en la reunión fundacional del centro, allá por

noviembre de 1989. Si no hubiese estado tan quebrantado de salud, habría estado presente en esta nueva etapa. Oscar tenía 64 años y había trabajado, además de Rivadavia, en otras radios y en la revista *Sólo Fútbol*, donde hacía la página internacional. En 1999, con poco trabajo, empezó a luchar contra una enfermedad que se lo terminó por llevar sin piedad. Éste es un sencillo pero justo homenaje para alguien que supo hacerse querer.